

Los ciudadanos tenemos que pagar nuestra deuda

Petr Pithart

Pronto celebraremos el quince aniversario del inicio de la transición en la República Checa. Pese a que es obvio que esta transformación no se podía haber realizado sin el esfuerzo de los ciudadanos, quiero preguntar si somos capaces de definir y comprender el verdadero carácter de este cambio y todos los pasos que hemos dado desde entonces. Creo que hay muchas preguntas que siguen abiertas y pendientes, por ejemplo: “¿Qué tipo de régimen tuvimos en el pasado?”, “¿Cuál es el carácter del cambio de poder?”, “¿Fueron los acontecimientos de noviembre de 1989 una revolución o no?”, “¿Hemos conseguido cambiar muchas o pocas cosas en nuestra patria desde entonces?”, “¿Por qué hay tanta gente desengañada? y “¿Porqué los comunistas han cobrado recientemente más fuerza?”

Hasta ahora no hemos logrado llegar a un acuerdo sobre las respuestas a muchas de estas preguntas, pero estoy seguro de que los que participamos en los acontecimientos de 1989, los que preparamos el camino para estos acontecimientos a lo largo de muchos años, estamos conformes con una cosa: hoy tenemos obligaciones para con los ciudadanos de los países que hasta ahora no han consolidado sus derechos humanos, civiles y políticos más básicos. Nuestro sentido de la obligación tiene también otra razón de ser: los ciudadanos y políticos de los países que han percibido tales derechos no son capaces de imaginarse la situación en Cuba, desde la perspectiva de la experiencia que tenemos nosotros. Sentimos la necesidad urgente de devolver a alguien la solidaridad que nos entregó el mundo democrático en el pasado. Sentimos la necesidad de traspasar esta solidaridad, entregarla a los que la necesitan hoy.

Respecto a la situación económica, nuestros países se han desarrollado más lentamente de lo previsto por mucha gente. No obstante, hemos adquirido nuestra riqueza de la experiencia de la transición a la democracia. Ya sabemos más o menos cuáles caminos debemos evitar en dicho proceso. Hay muchas cosas que hoy en día haríamos de otra manera y asimismo haríamos hincapié en otras cosas. Después de noviembre de 1989 cada vez me siento más cercano a los españoles que a los británicos, a los estonios, más que a los belgas. Me siento más sintonizado con los argentinos y los sudamericanos que con los mexicanos o los indios. La razón es que compartimos la conciencia de la fragilidad de la democracia, de lo difícil que es establecerla y lo fácil que es perderla. Las nuevas democracias, ya sean surgidas de un régimen totalitario o autoritario, tenemos experiencias de gran valor, experiencias que a mi parecer merecen ser articuladas y pronunciadas más valientemente.

Por ejemplo, todos hemos aceptado la estrategia de transformación económica llamada Consenso de Washington (Washington Consensus), apoyada por instituciones prestigiosas como El Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Creo que esto fue un grave error. Dichas instituciones no han experimentado un proceso de transformación hacia la economía de mercado, sin embargo, acudieron con un número de generalizaciones de inmensa importancia.

No obstante, en nuestros países había gente que sabía desde el principio que estas generalizaciones y esta vía no serían correctas, que fueron diseñadas para las economías estrictamente nacionalizadas y no para nuestra economía gris con presuntas relaciones de mercado no restringidas por ninguna regla o regulación.

Se está iniciando una discusión sobre la manera de ayudar a los cubanos que desean tener más libertad en su patria. No quiero anticiparme a una discusión erudita sobre la situación en Cuba y sobre las posibilidades de ayudar a la oposición. Sólo quiero decir que el camino hacia la libertad no suele ser recto. El objetivo más fácil en el camino hacia la democracia es convocar a unas elecciones libres. La democracia percibida como un asunto de derecho de las minorías según la ley es una tarea mucho más difícil, no obstante, no se puede aplazar

fácilmente. Sin garantías ofrecidas por la ley, las primeras, las segundas o incluso las terceras elecciones pueden convertirse en una empresa arriesgada. Puede resultar en que Cuba se desvíe de su camino y recurra a una versión indeseada y desagradable de régimen autoritario.

Es maravilloso que podamos pagar nuestra deuda para con personas que no nos entregaron nada previamente, pero que un día le van a tender la mano a otra gente. Esta actitud, “poco económica”, expresa nuestra esperanza en el futuro: confiamos en que un día el mundo sería un mejor lugar para vivir.